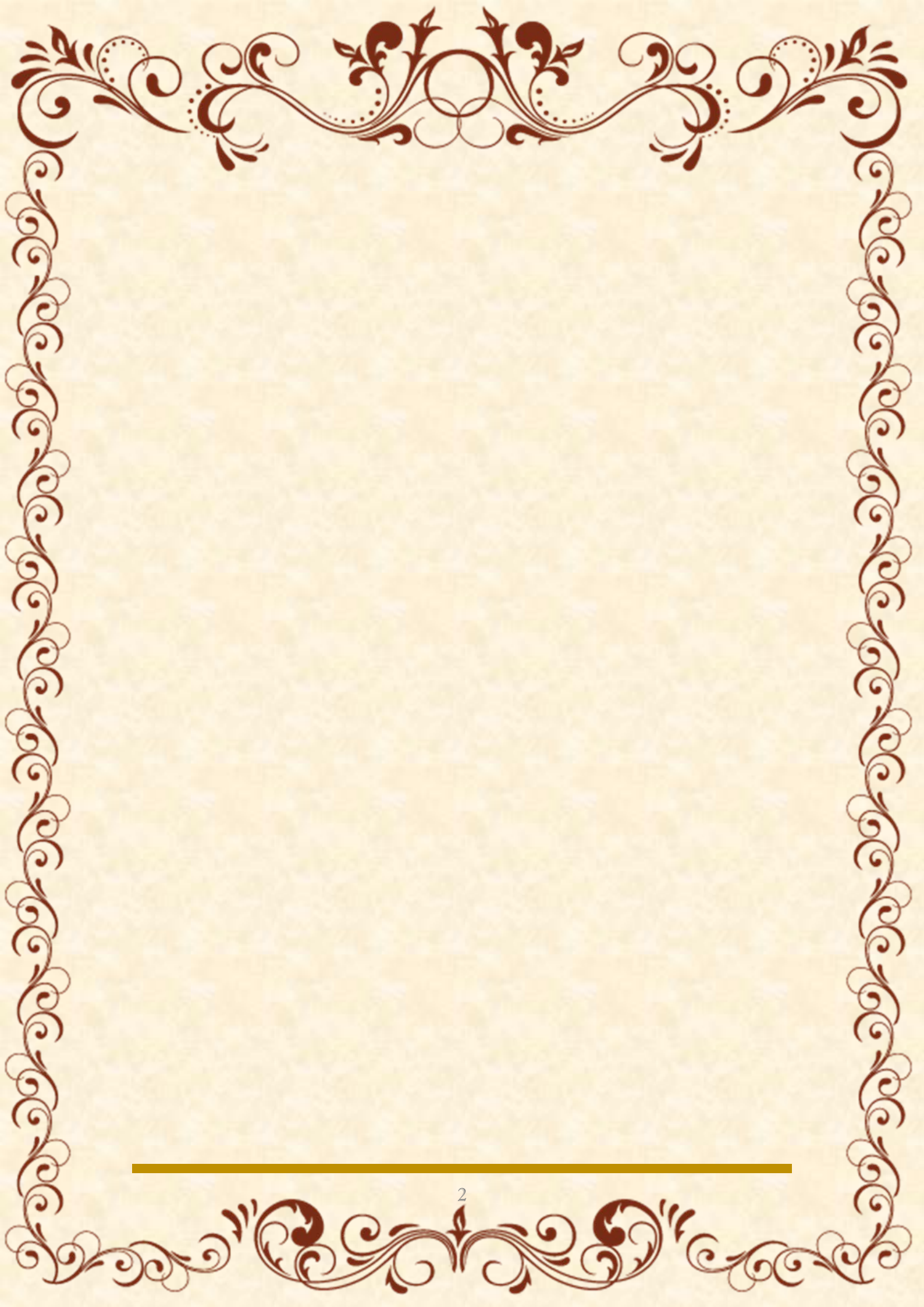




CONCURSO
LITERARIO
DESAGRAVIO
AL ECCE HOMO
AÑO 2026





Pontificia, Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús en el Doloroso Paso del
Prendimiento y Esperanza de la Salvación de las Almas. Californios (Cartagena)

AGRUPACIÓN DE SOLDADOS ROMANOS

CONCURSO LITERARIO DESAGRAVIO AL ECCE HOMO 2026.

El jurado estuvo formado por D. Pedro Ayala (Hermano Mayor), D. Antonio José Palazón Cano. (Capellán), D. Francisco J. de la Cerra (Mayordomo de Culto), D. Juan Antonio Bermúdez (Presidente del Prendimiento), D. Alberto Francisco Puche (Presidente de los Soldados Romanos) y D. José Higinio Pellicer Nicolás (Vocal de Protocolo de la AESCT)

El jurado ha decidido el texto, que se leerá en el acto de desagravio de los soldados romanos a nuestro queridísimo titular, el Ecce Homo con el siguiente resultado:

1º PREMIO. José David Nieto Ros. ESCRITO "Sub Silentio".

2º PREMIO. Antonio Bernal Torres. ESCRITO "Perdóname Señor".

3º PREMIO. Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla. ESCRITO "No sabía lo que hacía...".

PRIMER PREMIO: SUB SILENTIO

Yo estuve allí.

No como nombre, sino como brazo.

No como conciencia, sino como obediencia.

Fui uno de los que aprendió a cumplir órdenes antes que a mirar a los ojos. Uno de los que confundió la disciplina con la justicia y el ruido del poder con la verdad. Aquella mañana no sabíamos que la historia no te estaba juzgando a ti, sino a nosotros.

Te trajeron cubierto de sangre y silencio. No gritaste. No maldijiste. No suplicaste. Y ese silencio, más que cualquier palabra, nos desarmó por dentro, aunque lo ocultamos tras la burla. Estábamos acostumbrados al miedo ajeno, a la súplica que se arrastra, al odio que responde al golpe.

Pero tú no devolviste nada. Y eso nos inquietó.

Te vestimos de escarnio.

Una púrpura falsa.

Una caña ridícula.

Una corona hecha de dolor.

Cada gesto nuestro era una herida más, y aun así, en tu rostro no encontramos el reflejo de nuestra crueldad. Reímos para no pensar. Porque la risa del verdugo es siempre un refugio contra la conciencia.

Nadie quiere reconocerse culpable cuando lleva un uniforme.

“Ecce Homo”, dijimos.

Y sin saberlo, nos señalábamos a nosotros mismos.

Porque allí estabas tú, Hombre herido, cargando con un peso que no era tuyo.

Y allí estábamos nosotros, hombres rotos, descargando el nuestro sobre tu carne.

Hoy comprendemos que no fue el hierro el que te sostuvo en pie, sino el amor. No fue la fuerza la que te mantuvo erguido, sino el perdón que ya estabas ofreciendo mientras te heríamos. Nosotros golpeábamos; tú redimías. Nosotros humillábamos; tú elevabas. Nosotros obedecíamos órdenes; tú obedecías al amor.

Por eso volvemos ahora.

No con lanzas ni cascos.

No con dados ni burlas.

Volvemos desarmados de tiempo y de soberbia. Dejamos caer aquello que nos definió entonces: la violencia, la excusa, la obediencia ciega. Venimos con las manos vacías, como solo puede venir quien reconoce su culpa.

Perdónanos, Señor, por cada golpe que dimos sin saber a quién heríamos.

Perdónanos por cada injusticia que seguimos repitiendo cuando preferimos obedecer antes que amar.

Perdónanos porque aún hoy seguimos coronando de espinas a los inocentes, llamando ley a la crueldad y orden al silencio.

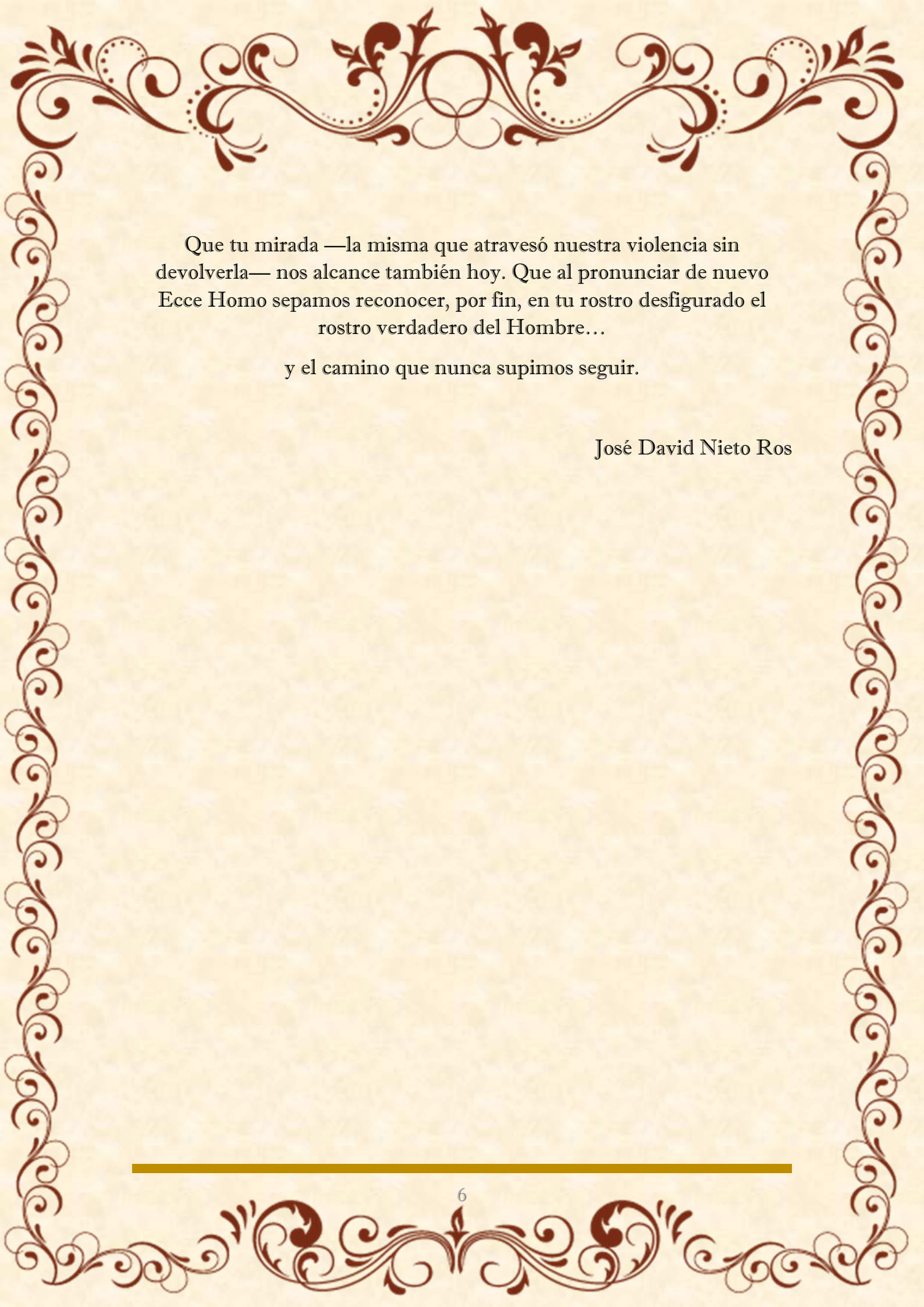
Míranos ahora.

Ya no gritamos.

Ya no reímos.

Ya no mandamos.

Solo suplicamos.



Que tu mirada —la misma que atravesó nuestra violencia sin devolverla— nos alcance también hoy. Que al pronunciar de nuevo Ecce Homo sepamos reconocer, por fin, en tu rostro desfigurado el rostro verdadero del Hombre...

y el camino que nunca supimos seguir.

José David Nieto Ros



SEGUNDO PREMIO: PERDÓNAME, SEÑOR

Hoy he entrado a una iglesia al alzar te un rezo
y estabas en sus brazos malherido...

En la cruz, ensangrentado, he sentido
que, envuelto en tu final, versos empiezo
narrando a tu afligido corazón
palabras de soldados que acabaron
con la vida de un Dios que maltrataron
y al que nunca le rindieron su perdón.

Tú que siempre has perdonado al enemigo
y has guiado en el camino del amor;
que en el árido desierto has sido flor
de dulzura y la limosna del mendigo.

Hoy a Ti te rindo pleitesía
encarnado en un soldado arrepentido,
con sus látigos del alma, dolorido
por la ira de una enorme hipocresía.

¡Perdóname, Señor!

¡Perdona este dolor!

Un *Vía Crucis* erijo
recordando tu calvario,
símbolo y relicario
del dolor que se hizo al Hijo.

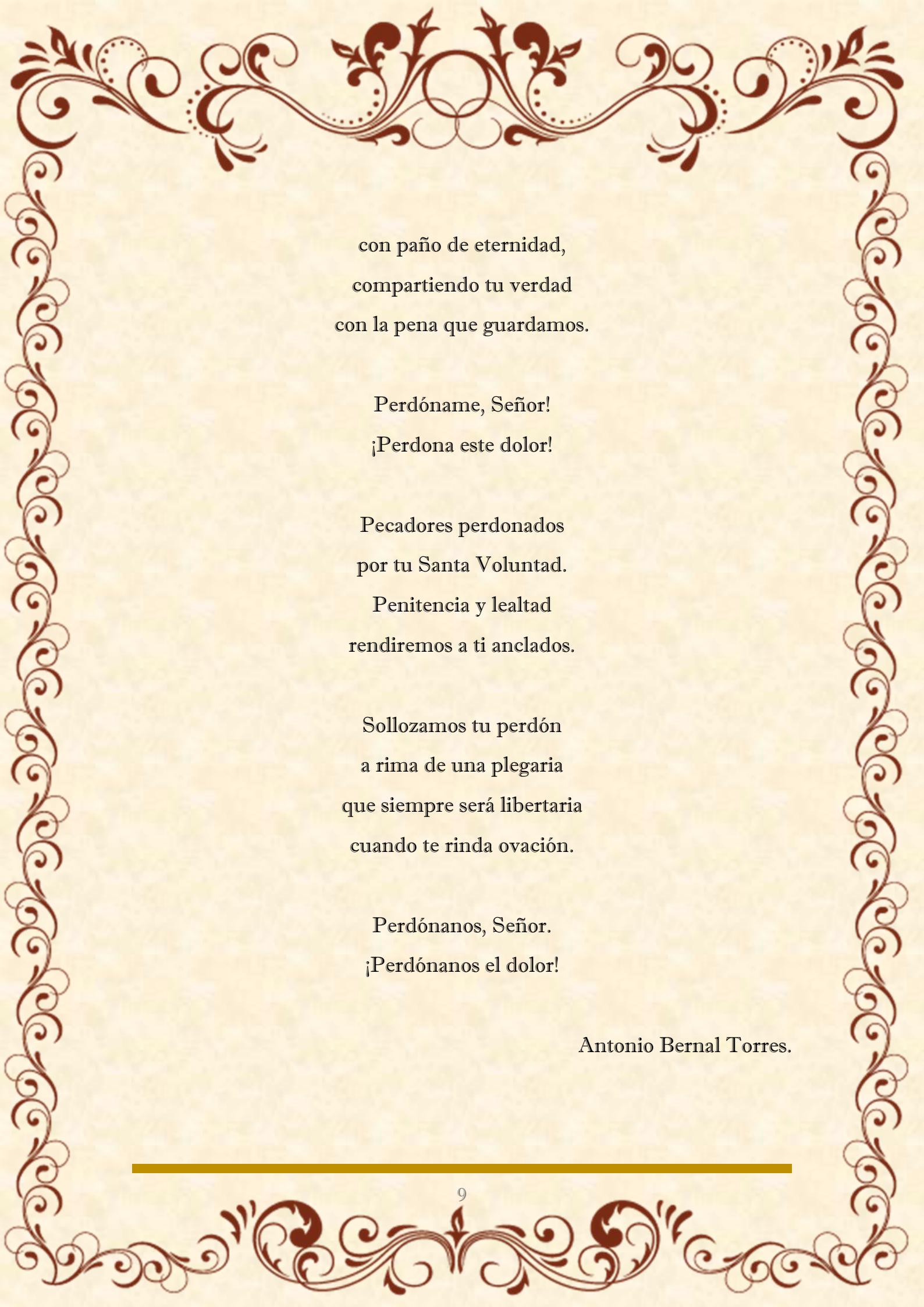
En cada paso medito
y te rezo tus palabras
en el terreno que labras
con la fe de amor bendito.

Perdóname, Señor!

¡Perdona este dolor!

Caído frente a mí
te veo entre sollozos,
en paradas que son pozos
de la sangre que no vi...

Tus heridas hoy curamos



con paño de eternidad,
compartiendo tu verdad
con la pena que guardamos.

Perdóname, Señor!
¡Perdona este dolor!

Pecadores perdonados
por tu Santa Voluntad.
Penitencia y lealtad
rendiremos a ti anclados.

Sollozamos tu perdón
a rima de una plegaria
que siempre será libertaria
cuando te rinda ovación.

Perdónanos, Señor.
¡Perdónanos el dolor!

Antonio Bernal Torres.



TERCER PREMIO:
¡DUEÑO DE MARES Y VIENTOS!

Señor, Ecce Homo...

Soy Marcus Valerius...

O Titus Flavius...

O Lucius Cornelius...

O algún soldado romano con el nombre borrado por el polvo de los siglos.

En el fondo... para lo que hoy vengo a decirte... da igual.

Me presento ante Ti desnudo...

Me presento ante Ti abierto...

Me presento ante Ti, con manos y corazón sangrando de verdad...

Vengo a confesar que no hay batalla más cruel que el arrepentimiento,
ni victoria más dulce que tu perdón.

Ignosce mihi, Domine, illo die nesciebam quid facerem.

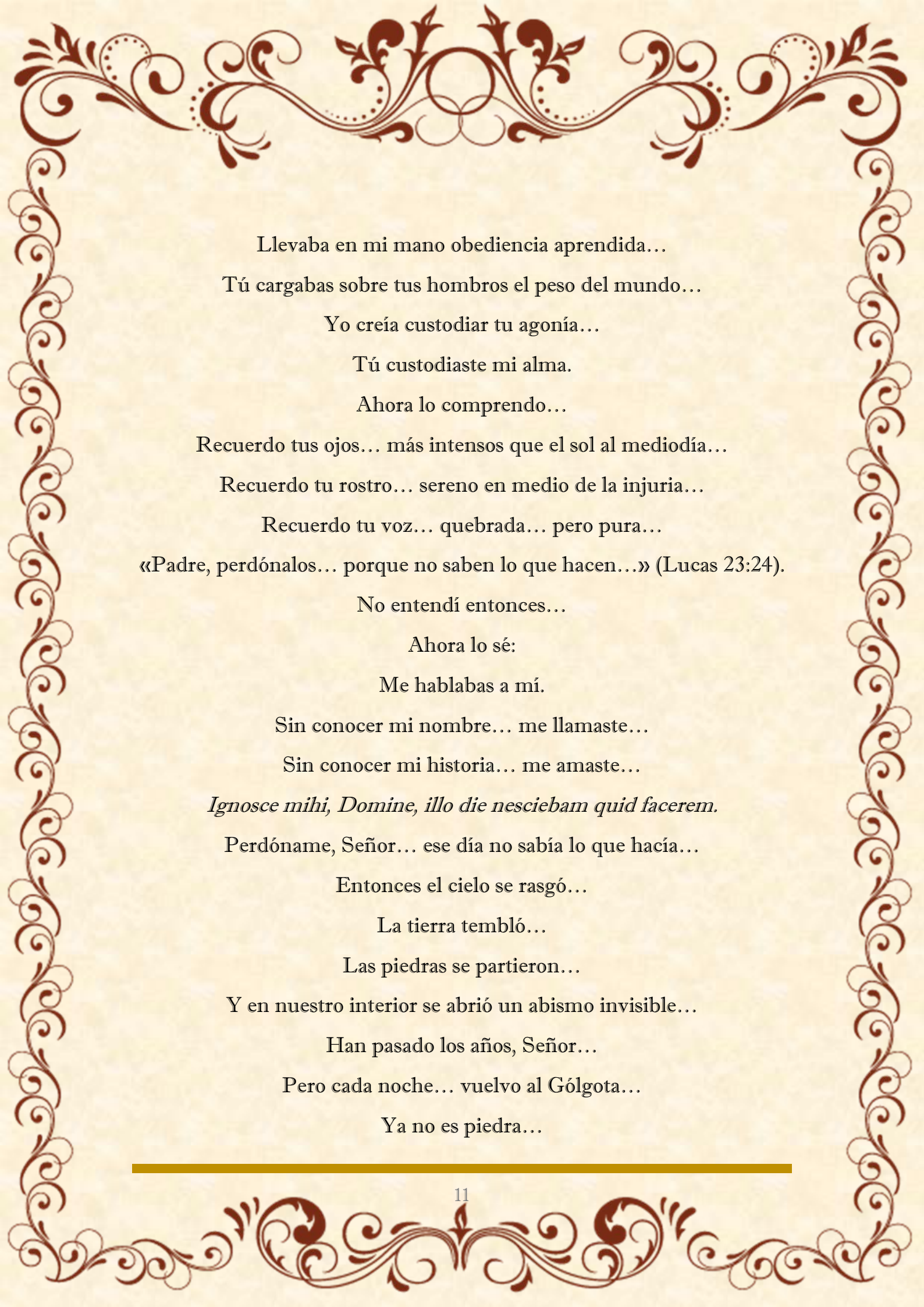
Perdóname, Señor... ese día no sabía lo que hacía...

En aquel monte oscuro...


Yo servía al César...

Llevaba en mi mano rabia...

Llevaba en mi mano lanza...



Llevaba en mi mano obediencia aprendida...
Tú cargabas sobre tus hombros el peso del mundo...
Yo creía custodiar tu agonía...
Tú custodiaste mi alma.
Ahora lo comprendo...
Recuerdo tus ojos... más intensos que el sol al mediodía...
Recuerdo tu rostro... sereno en medio de la injuria...
Recuerdo tu voz... quebrada... pero pura...
«Padre, perdónalos... porque no saben lo que hacen...» (Lucas 23:24).
No entendí entonces...
Ahora lo sé:
Me hablabas a mí.
Sin conocer mi nombre... me llamaste...
Sin conocer mi historia... me amaste...
Ignosce mihi, Domine, illo die nesciebam quid facerem.
Perdóname, Señor... ese día no sabía lo que hacía...
Entonces el cielo se rasgó...
La tierra tembló...
Las piedras se partieron...
Y en nuestro interior se abrió un abismo invisible...
Han pasado los años, Señor...
Pero cada noche... vuelvo al Gólgota...
Ya no es piedra...



Ya no es pena...
Es el corazón abierto de mi alma...
Veo la cruz...
No de madera...
Sino de luz viva...
Arde... y consuela...
Quema... y abraza...
Hoy contemplo tu rostro inclinado...
Y caigo de rodillas...
Soy más hombre de actuar
que de palabras.
Suelto la lanza...
Dejo caer el escudo...
Lavo tus pies con el agua que brota de mi arrepentimiento...
Hoy, Señor...
Te ofrezco lo único que Roma nunca me enseñó a perder:
Mi orgullo.
Te lo entrego desnudo... como Tú estuviste...
Convertido en el resto ardiente de mi vergüenza...
Si me aceptas ahora, Señor...
Seré centinela de tu cruz...
No para impedir el paso...
Sino para invitar a entrar...

Ignosce mihi, Domine, illo die nesciebam quid facerem.

Perdóname, Señor... ese día no sabía lo que hacía...

Y si en tu Reino hay un rincón para quienes golpearon tus manos...

Dame uno...

Uno humilde...

Escondido...

Donde pueda enjuagar el rastro de mi culpa...

Enséñame, Señor...

Que la victoria no está en vencer,
sino en dejarse abatir por el Amor que no muere...

Convierte, Señor...

Mi lanza oxidada... en instrumento de paz...

Y a este soldado viejo que un día te hirió,

en aquel que lavará tus pies

por toda la eternidad,

con las lágrimas limpias

que durante años... escondí...

Gonzalo Wandosell Fernández de Bobadilla

